

era preciso hablar, y repitió varias veces, con tanta viveza como la que antes empleara en reprender á su hermana:

—Perdóname, Amy, dispénsame y olvida mis palabras.

Las dos hermanas se abrazaron, y habiéndose sentado una junto á otra, Fanny reanudó la conversación.

—Creo firmemente—dijo,—que tú habrías juzgado esta cuestión de un modo muy distinto si hubieses conocido algo más la sociedad.

—Es muy posible, Fanny—contestó la niña Dórrit.

—Debes reflexionar, Amy—prosiguió Fanny, adoptando poco á poco su tono protector,—que mientras tú has sido casera, resignándote con tu suerte, yo he vivido en el mundo, llegando á ser orgullosa y altiva... tal vez más de lo que debiera.

—¡Oh! sí, sí.

—Y mientras tú pensabas sólo—añadió Fanny,—en las necesidades materiales de la casa, yo procuraba mantener el honor de la familia. Pienso que este era mi deber. ¿No te parece así, Amy?

La niña Dórrit hizo una señal afirmativa, procurando sonreír, aunque tenía contristado el corazón.

—Era tanto más necesario—continuó su hermana,—cuanto que en la prisión á que te has conservado tan fiel hay una atmósfera especial que la distingue de la sociedad. Así pues, abrázame una vez más, querida Amy, y convengamos en que ambas podemos tener razón, lo cual no impide que seas una buena hija y una excelente mujer de tu casa.

Durante este diálogo, el clarinete había continuado lamentándose de una manera sumamente patética, pero Fanny interrumpiendo bruscamente á su tío, advirtió que era hora de marchar, cerró el viejo cuaderno de música y retiró el clarinete de los labios del anciano.

La niña Dórrit se despidió á la puerta y apresuróse á volver á la Mariscalía. Al entrar, parecióle que bajaba á un profundo foso; la sombra del muro contristaba, más aun que el anciano decano, con su bata gris y calzón de terciopelo negro.

«¿Por qué no me entristece la habitación de mi padre, pensó la niña Dórrit al penetrar en ella, tanto como á los demás? Al fin y al cabo, tal vez Fanny tenga razón.»



CAPITULO XXI

La enfermedad del señor Merdle

El señor Merdle era un hombre inmensamente rico, que gozaba de cierta reputación por su asombrosa audacia en las empresas comerciales; era un Midas, sin las orejas, que transformaba en oro todo cuanto tocaba. En todas las buenas especulaciones, bien se tratase de una operación de banca ó de la construcción de un edificio, siempre figuraba en primer término el señor Merdle. Inútil parece decir que este personaje ocupaba un lugar en el Parlamento; que tenía sus oficinas en la Cité y que era presidente de esta Compañía, administrador de aquélla, ó director de la otra. Cuando los hombres más influyentes presentaban algún proyecto financiero, lo primero que se les preguntaba era: «¿Qué nombres nos dan por garantía? ¿Tienen ustedes un Merdle?» Y si la contestación era negativa, replicábase al punto: «Entonces no hay negocio. ¡Hasta otro día!»

Hacia ya unos quince años que este feliz y grande hombre había proporcionado un nido de púrpura y oro á la majestuosa dama que necesitaba tanto sitio para hacer gala de su insensibilidad; no era una mujer en quien su esposo pudiera buscar las dulzuras del amor ó del cariño, pero sí la más pro-

pia para ostentar alhajas; y como esto era precisamente lo que convenía al señor Merdle, no vaciló en comprar la dama. Si Storr y Mortimer, los diamantistas de moda, hubieran debido elegir una mujer, se habrían casado sin duda por el mismo principio de especulación.

Así como las demás operaciones comerciales del señor Merdle, la que tuvo por base á su esposa obtuvo completo éxito; las alhajas produjeron el mayor efecto posible, y la dama recibida en la alta sociedad, fué objeto de admiración general; y fuerte con la aprobación de la sociedad, el señor Merdle quedó satisfecho. Era el más desinteresado de los hombres; hacíalo todo por la sociedad; así ésta se beneficiaba de las inmensas ganancias del capitalista mucho más que él mismo.

Cabe suponer, sin embargo, que no le faltaba nada, pues á no ser así, con su ilimitada fortuna hubiera podido adquirir cuanto necesitase, por más que su único deseo consistiera en satisfacer todo lo posible á la Sociedad (sea cual fuere el sentido de esta vaga expresión,) cumpliendo con todos los deberes que la cortesía y la buena política exigen. El señor Merdle no brillaba en el mundo, ni solía hablar mucho, porque era hombre de carácter reservado; tenía la cabeza muy grande, una mirada penetrante al parecer, y en las mejillas ese color rojizo que es más bien efecto de un acaloramiento que de la frescura de la tez. Lo poco que decía, hacíale pasar por hombre afable y sencillo; pero no hablaba nunca con ligereza tratándose de la confianza pública ó privada, y era muy quisquilloso en todo cuanto se refiriese al respeto que cada cual debía profesar á la sociedad. Esta última, sin embargo, no parecía divertirle mucho cuando asistía á sus banquetes y recepciones, pues siempre se le veía apoyado en alguna pared, ó detrás de las puertas, observando á los demás; y si iba á visitar á los individuos de la sociedad, lejos de estar á su gusto, parecía siempre deseoso de retirarse cuanto antes, todo lo cual no le impedía cumplir estrictamente con todos los deberes que esta sociedad exige, frecuentándola de continuo, y gastando su dinero por ella con suma liberalidad.

El primer marido de la señora Merdle había sido un coronel, bajo cuyos auspicios la dama tuvo ocasión de entrar en lucha con las nieves de la América del Norte; y si fué vencida por lo que toca á la blancura, en cambio venció por lo que hace á la frialdad. El hijo del coronel era el único de la señora Merdle, joven estúpido, de formas pesadas, muy semejante á un gran muñeco rechoncho, sin expresión alguna: había

dado tan pocas pruebas de inteligencia, que sus compañeros propalaron en breve el rumor de que se le había helado el cerebro á consecuencia de un frío de treinta grados que reinó en San Juan (Nueva-Brunswick,) el día de su nacimiento, sin que su espíritu hubiese conocido nunca el deshielo desde entonces. Algunos bromistas hicieron circular también la especie de que cuando el joven era niño se cayó desde lo más alto de una casa á la calle, donde varias personas dignas de crédito reconocieron que se le había resquebrajado el cráneo. Es probable que estas dos anécdotas se inventaran cuando se reveló en el joven, cuyo expresivo nombre era Sparkler (1), una singular monomanía, cual era la de ofrecerse en matrimonio á toda especie de mujeres de dudosa reputación, haciendo de ellas los más pomposos elogios.

Un hijastro de tan limitada inteligencia hubiera sido un estorbo para cualquier hombre, pero el señor Merdle le había aceptado gustoso para complacer á la sociedad. El joven Sparkler, que había servido en un regimiento de guardias, estaba acostumbrado á presentarse en las carreras de caballos, en todos los paseos y los bailes, y siendo por lo tanto muy conocido, la sociedad quedó satisfecha del hijastro del señor Merdle. El banquero hubiera dado gustoso más dinero aun por obtener semejante resultado, aunque ya le era bastante costoso el joven Sparkler.

Precisamente el día en que la niña Dórrit comenzaba á cortar unas camisas nuevas para su padre, celebrábase en la suntuosa casa del señor Merdle un espléndido banquete al que habían sido invitadas todas las eminencias de la Corte y de la Bolsa, varios representantes de las Cámaras de los Lores y de los Comunes, las notabilidades de la Magistratura y del Foro, del Episcopado y de la Hacienda, la flor y nata del Ejército y de la Marina; y en fin, muestras de todos los grandes señores y potentados que nos hacen avanzar en este mundo, cuando no son causa de que tropecemos.

—Me han asegurado—dijo un individuo del Episcopado á otro del Estado Mayor, durante la comida,—que el señor Merdle acaba de hacer otra jugada de bolsa enorme; se habla de cien mil libras esterlinas.

Un alto funcionario de la Tesorería dijo que en su concepto era cuestión de *trescientas* mil; y una notabilidad del Foro emitió el parecer de que bien podrían ser *cuatrocientas* mil,

(1) *Sparkle* significa: brillar, chispear.

tratándose de uno de esos felices efectos del cálculo y de las combinaciones, de uno de esos raros ejemplos de asombrosa habilidad y de suerte constante, en que es difícil adivinar el resultado exacto.

Un representante de la Marina dijo que el señor Merdle era un hombre prodigioso, y el empleado de la Tesorería demostró que el señor Merdle representaba una nueva potencia en el país, por lo cual podría comprar, si le conviniese, toda la Cámara de los Comunes en masa.

El señor Merdle no solía presentarse en la reunión hasta última hora, como conviene á un hombre á quien ocupan empresas gigantescas, cuando los demás han abandonado hasta el día siguiente sus mezquinas ocupaciones.

Inútil parece decir que en aquel banquete la Sociedad admiró todo cuanto se puede admirar, y comió y bebió todo lo que se puede comer y beber, excepto el señor Merdle, que apenas probó los manjares ni la bebida. Su señora, en cambio, estaba resplandeciente; y el mayordomo figuró como el personaje más majestuoso de la Sociedad; no hacía nada, pero observaba los actos de los demás, con una dignidad de que pocos hubieran sido capaces. El señor Merdle no necesitaba tal mayordomo, y hasta le molestaba este pomposo personaje; pero la Sociedad lo exigía, y el opulento banquero se apresuró á complacerla.

Cuando terminó la comida, habíanse reunido tantas notabilidades que deseaban decir particularmente alguna cosa al señor Merdle, que éste debió hacer una lista imaginaria para dar sucesivamente audiencia á todos los solicitantes.

El primer favorecido fué el alto funcionario de la Tesorería, quien se apresuró á felicitar al banquero por las nuevas victorias que acababa de alcanzar, asegurándole que se le consideraba como una de las celebridades de Inglaterra, y que contribuir á los triunfos de semejante hombre era acrecentar los recursos de una nación. El alto funcionario de la Tesorería indicó que desearía asociarse á los heroicos esfuerzos del señor Merdle... por puro patriotismo; y después de tributar varios elogios al opulento banquero, retiróse para subir al salón.

Una notabilidad del Foro ocupó su lugar: este personaje dijo al señor Merdle que iba á comunicarle desinteresadamente, y en su calidad de *amicus curiæ*, un hecho llegado últimamente á su conocimiento. Había tenido que examinar los títulos de una propiedad, muy extensa, situada en los confines

de dos condados del oeste; los documentos estaban en toda regla, y la propiedad podría adquirirse por cualquiera que tuviese dinero, con unas condiciones sumamente ventajosas. La notabilidad del Foro se había dicho: «Tendré el honor de comer hoy con mi apreciable amigo el señor Merdle, y en confianza le daré á conocer la buena oportunidad que se ofrece.» Semejante adquisición proporcionaría al comprador, no sólo una inmensa y legítima influencia política, sino también media docena de canongías de una considerable renta anual; y el representante del Foro opinaba que el señor Merdle debía adquirir esta influencia, no en interés propio ni tampoco de su partido, sino en beneficio de la Sociedad.

El banquero declaró que complacer á esta última era su constante fin; y con esto la notabilidad del Foro se retiró también para subir al salón.

Siguieron después la flor y nata del Episcopado y del Ejército, y otros personajes de más ó menos importancia, cada uno de los cuales dió algún consejo ó noticias de interés para la sociedad; y terminada al fin la improvisada audiencia, el afamado capitalista se trasladó también al salón, mezclándose humildemente entre los convidados que subían en tropel la escalera. La señora Merdle estaba ya en el salón, ostentando sus más hermosas alhajas, y al verla tan brillante, la sociedad debió quedar satisfecha. En cuanto al banquero, fué á sentarse en un rincón para sorber una simple taza de té.

Entre las notabilidades de la reunión hallábase un célebre médico que conocía á todo el mundo y que de todos era conocido: al entrar en el salón, y como viera al señor Merdle tomando su taza de té, acercóse á él y le dijo, tocándole el brazo:

—¿Cómo va, amigo mío?

—¡Ah! ¿es usted, doctor?—replicó el banquero estremeciéndose.

—¿Está usted mejor hoy?

—No, nada mejor.

—Siento mucho no haberle visto antes hoy; vaya usted á mi casa mañana, ó fíjeme hora para venir yo á la suya.

—Cuando vaya á mis oficinas, mañana, subiré á ver á usted.

La notabilidad del Foro y el representante del Episcopado habían sido testigos de aquel diálogo, y mientras el banquero era impelido por la multitud, hicieron sus observaciones al médico, diciéndole entre otras cosas que los esfuerzos de la

inteligencia tenían ciertos límites, los cuales no podía el hombre traspasar impunemente, como lo hacía el señor Merdle; y que sin duda la fatiga ocasionada por cálculos excesivamente complicados era la causa de su quebrantamiento y su falta de salud.

—Si—dijo el médico,—no les falta á ustedes razón; pero debo decirles que no encuentro ninguna dolencia en el señor Merdle; es robusto como un rinoceronte, digiere lo mismo que un avestruz y absorbe cual una ostra. En cuanto á los nervios, ese caballero tiene un temperamento pacífico y no se acalora fácilmente; en mi concepto es tan invulnerable como el divino Aquiles. Sin duda extrañarán ustedes que un hombre con tales condiciones se pueda creer enfermo, pero la verdad es que yo no veo que tenga nada. Tal vez se halle atacado de una enfermedad desconocida; yo lo ignoro, y sólo afirmo que hasta ahora no me ha sido posible descubrir síntoma alguno.

No había indicios de la enfermedad del señor Merdle en su esplendorosa señora, que en aquel momento parecía un escarapate cuajado de diamantes; tampoco se hubiera podido reconocer señales de la tal enfermedad en el joven Sparkler, que iba de un salón á otro como ánima en pena, buscando alguna joven de reputación problemática; ni menos en los Barnacle y sus parientes, que constituían una colonia entera en la reunión del capitalista.

¡La enfermedad del señor Merdle! Este y la Sociedad estaban ligados por tantos intereses comunes, que difícilmente se podía pensar que el banquero guardase para sí solo la enfermedad, si tenía alguna. ¿Sería realmente algún mal desconocido é impenetrable? ¿Qué médico llegó por fin á descubrirla? ¡Paciencia! Ya lo sabremos!

Entre tanto, los muros de la Mariscalía proyectaban una verdadera sombra que ejercía una funesta influencia en la familia Dórrit á todas horas del día y de la noche.



CAPITULO XXII

Un enigma

No se granjeaba el señor Clennam el mayor aprecio por parte del Padre de la Mariscalía en razón al número creciente de sus visitas, principalmente porque el decano, tan quisquilloso en cuanto se refiriese á su dignidad, empezaba á creer que Arturo carecía de alguna cosa para ser un caballero en toda la extensión de la palabra. Por otra parte, hábale causado cierto disgusto y tristeza el reconocer que Clennam no tenía esa delicadeza de que en un principio le creyó dotado, por lo cual llegó hasta á decir en el seno de su familia, que temía que Clennam no fuera un hombre de sentimientos elevados. Aseguró también que en su calidad oficial, como jefe y representante de los presos, recibiría siempre con gusto á dicho caballero, cuando fuese á ofrecerle sus respetos, pero que no le parecía que pudiera nunca llegar á entenderse con él bajo ningún otro punto de vista. En su concepto faltábale alguna cosa, sin que pudiera decir el qué, pero esto no impedía al decano mostrarse siempre cortés y atento con Clennam, dispensándole todas las atenciones posibles, tal vez con la esperanza de que si el visitante no tenía suficiente discernimiento para dar de *motu proprio* una prueba de su amistad, como lo hizo la primera vez, no le faltaría al menos talento

para contestar convenientemente á una solicitud por escrito.

En su triple calidad de caballero libre, que había pasado una noche en la prisión por descuido, que había examinado los asuntos del decano con la increíble idea de hacerle recobrar la libertad; y que se había interesado, en fin, por la suerte de la hija de la Mariscalía, el señor Clennam fué acogido en todos los ámbitos de la prisión como un visitante distinguido. No le extrañaban las atenciones de que era objeto por parte de Chivery, cuando este funcionario estaba de guardia, pues parecíanle análogas á las de los demás carceleros; pero una noche, Chivery le causó verdadero asombro por su manera de ponerse en relieve.

Valiéndose de cierta astucia, el carcelero había conseguido despejar su habitación de todos los ociosos que le visitaban, á fin de que al salir Clennam de la prisión le encontrase completamente solo.

—Dispense usted, caballero—dijo al verle;—quisiera saber qué dirección va usted á tomar.

—Voy á cruzar el Puente.

El carcelero permaneció silencioso algunos instantes, con su llave junto á los labios como si reflexionara.

—Voy á tomarme la libertad—dijo al fin,—de pedirle un favor. ¿Tendría usted inconveniente en pasar por el estancuillo de la señora Chivery y C.^ª, expendedora de tabaco y cigarros de la Habana? En esta tarjeta verá usted las señas.

Así diciendo, Chivery entregó á Clennam una tarjeta de las que siempre tenía á disposición de sus parroquianos.

—No crea usted—añadió,—que se trate de tabaco. A decir verdad, mi mujer quisiera hablar con usted un momento acerca de...; sí—continuó Chivery contestando con una señal afirmativa á la mirada inquieta de Clennam...—acerca de la niña Dórrit.

—Procuraré pasar inmediatamente por casa de su señora.

—Gracias, caballero; le quedo agradecido, aunque esto no le retrasará más de diez minutos.

Arturo Clennam, con su tarjeta en la mano, se dirigió hacia el punto que las señas indicaban y no tardó en llegar. Era una tienda muy modesta, donde una mujer de aspecto decente se disponía á coser junto al mostrador, sobre el cual se veían varios botes llenos de tabaco, cajas de cigarros, un variado surtido de pipas y dos tarritos con rapé.

Al presentarse Arturo á la señora Chivery, díjole que hacía

aquella visita á petición de su esposo, y que tenía entendido se trataba de algo referente á la niña Dórrit.

La estanquera se apresuró á dejar su costura á un lado, levantóse al punto y movió la cabeza con aire condolido.

—Le puede usted ver ahora mismo si quiere—dijo,—si se toma la molestia de dirigir una mirada al patio.

Al pronunciar estas misteriosas palabras, la señorita Chivery condujo al visitante á una salita situada en la trastienda, donde había una ventana que daba á un patio pequeño y de aspecto melancólico. En este patio se habían tendido para secar (aunque inútilmente, porque allí no corría el aire,) varias sábanas y manteles; y en medio de estos objetos flotantes hallábase un joven, muy triste al parecer, sentado en una silla, semejante al último marinero que ha sobrevivido al naufragio en el puente de un buque incapaz de salvarse.

—Ese es nuestro Juan—dijo la señora Chivery.

A fin de no aparentar que no se interesaba en aquel triste espectáculo, Clennam preguntó qué hacía Juan allí.

—Es su única distracción—replicó la mujer moviendo la cabeza;—no quiere salir, ni aun al patio de atrás cuando no han puesto ropa á secar; mas apenas la tienden, de modo que pueda ocultarse á la vista de los vecinos, se sienta ahí durante horas enteras y dice que le parece estar en un bosquecillo.

La señora Chivery movió la cabeza por segunda vez, hizo ademán de limpiarse los ojos con el delantal y condujo de nuevo á Clennam á las regiones comerciales.

—Tenga usted la bondad de sentarse—dijo la estanquera;—ya que desea saber lo que el pobre Juan tiene, voy á decirselo. Todo es cuestión de la señorita Dórrit, caballero; está loco por ella; y yo me atrevería á preguntar á usted, qué compensación habrá para nosotros cuando ese pobre chico muera víctima de su dolor.

La señora Chivery que tenía muy buen aspecto y era respetada en el barrio por sus elevados sentimientos y su escogido lenguaje, pronunció estas palabras con una calma cruel, sin dejar por eso de mover la cabeza, enjugándose siempre los ojos.

—Caballero—prosiguió,—usted conoce á la familia, usted se ha interesado por ella y tiene influencia con los Dórrit; si puede contribuir á labrar la felicidad de los dos jóvenes, permítame suplicarle en interés de nuestro Juan y en el de la señorita, que nos preste su auxilio.

—En el poco tiempo transcurrido desde que conozco á la señorita Dórrit—contestó Clennam algo confuso,—me he acostumbrado de tal modo á ver en ella un carácter tan distinto del que usted me representa, que estoy verdaderamente sorprendido. ¿Conoce á Juan?

—Se han criado juntos, caballero; los dos jugaban en el patio cuando niños.

—¿Sabe ella que Juan la ama?

—¡Ya lo creo!—contestó la señora Chivery con aire de triunfo;—no ha podido menos de reconocerlo todos los días de fiesta, aunque sólo fuera por el bastón, pues los jóvenes como mi hijo no se compran bastones con puño de marfil sin ningún objeto. Esto sólo me ha bastado á mí también para comprenderlo.

—Tal vez la señorita Dórrit no se ha dado cuenta de ello tan pronto como usted—repuso Clennam.

—Pues yo le aseguro que sí—replicó la estancuquera,—porque se lo han dicho.

—¿Está usted segura?

—Tan cierto como que ahora se halla usted delante de mí. Con mis propios ojos he visto á Juan salir y volver, y se también que habló con ella.

Estos detalles circunstanciados y estas repeticiones, comunicaron una energía sorprendente á la elocuencia de la señora Chivery.

—¿Me será permitido preguntar por qué el hijo de usted se halla poseído de esa tristeza que tanto parece inquietarla?

—Esto comenzó—repuso la estancuquera,—el mismo día en que ví á Juan volver tan cabizbajo; desde entonces ya no le reconozco; jamás ha vuelto á ser lo que antes era.

—¿Y qué piensa usted de todo ello?

—Se lo diré á usted en pocas palabras, y todo es tan cierto como que estoy en esta tienda. Todo el mundo aprecia á nuestro Juan; cuando era niño jugaba con la niña Dórrit en el patio, y desde entonces jamás la perdió de vista. El domingo á que me refiero, después de almorzar en esta misma sala, se fué y encontró á la joven; ignoro si tenían ó no cita, pero el caso es que le hizo su declaración. El hermano y la hermana son orgullosos y desprecian á nuestro Juan; el padre piensa sólo en sí mismo y no quiere compartir su hija con nadie. Sin duda por esto la señorita Dórrit contestó á la declaración con las siguientes palabras: «No, Juan, no puedo aceptar su proposición, porque no pienso casarme nunca.

Adiós, busque una esposa digna de usted y procure olvidarme.» He aquí cómo esa joven se condena á ser esclava de una gente que no merece semejante abnegación; y he aquí cómo nuestro Juan ha llegado á no tener más recreo que el de constiparse en medio de la ropa blanca, pasando su triste existencia en ese patio, y causándome con ello el más profundo pesar.

Así diciendo, la buena mujer señalaba la ventana, por donde se podía ver á Juan sentado en medio de la ropa. Moviendo nuevamente la cabeza, la estancuquera suplicó á Clennam que emplease su influencia en interés de ambos jóvenes, para cambiar el curso de tan tristes acontecimientos.

La señora Chivery parecía tan segura de la verdad de los hechos que citaba y fundábanse éstos en tan correctas premisas en lo referente á las relaciones de la niña Dórrit con su familia, que Clennam no podía poner en duda los asertos de la estancuquera. Ahora bien, él, á su vez, había acabado por profesar á la niña Dórrit un verdadero cariño, sintiendo por ella un interés que tal vez dependiera de las circunstancias que rodeaban á la joven, pero que no por eso era menos profundo; y causóle tristeza sólo el pensamiento de que pudiese amar á Juan Chivery, á aquel joven estúpido que tenía la rareza de ir á constiparse entre la ropa blanca en un bosquecillo de su invención. Por otra parte, Clennam reflexionó que enamorada ó no de aquel carcelero futuro, sería una debilidad someterse al triste porvenir que la ofrecía semejante enlace. La juventud, la timidez, la gracia y la nobleza de sentimientos, eran otras tantas cualidades personales que hacían interesante á la niña Dórrit á los ojos de Arturo, quien no podía menos de reconocer que el enlace de aquellos dos jóvenes no era admisible por ningún concepto.

Clennam prometió á la señora Chivery hacer cuanto estuviere de su parte para asegurar la felicidad de la señorita Dórrit, y favorecer sus proyectos en cuanto de él dependiera. Al mismo tiempo recomendó que desechase toda hipótesis, sin fiarse de las apariencias, aconsejándole el mayor secreto para no perturbar el ánimo de la señorita Dórrit, y sobre todo que procurase obtener la confianza de su hijo y hacerse cargo de la verdadera situación. La señora Chivery contestó que consideraba inútil semejante precaución, pero que trataría de adoptarla; y moviendo la cabeza, como si aquella entrevista no la hubiese consolado tanto como esperaba, dió gracias á

Clennam, sin embargo, por su atención, separándose con esto en la mejor inteligencia.

A fin de evitar que la multitud de transeúntes que circulaba por aquel sitio le distrajesen de sus reflexiones, Clennam se alejó del Puente de Londres y dirigióse hacia el Puente colgante, por lo regular tranquilo y silencioso; y apenas hubo andado tres ó cuatro pasos, cuando vió á la niña Dórrit, que iba delante de él. El tiempo era hermoso; soplaban una ligera brisa; y Arturo pensó que la joven habría salido para tomar un poco el aire en el puente, pues no hacía más de una hora que la dejara en el cuarto de su padre.

Era una feliz casualidad que favorecía su deseo de observar la fisonomía de la joven y sus ademanes sin que nadie les molestara. Apresuró, pues, el paso; pero antes de alcanzarla, la niña Dórrit volvió la cabeza.

—¿Ha tenido usted miedo?—preguntó Clennam.

—He creído reconocer el paso—contestó la joven con timidez.

—Pues me parece que no esperaría usted encontrarme aquí.

—No esperaba ver á ningún conocido, pero al oír pasos detrás de mí, no sé por qué me pareció que era su modo de andar.

—¿Va usted muy lejos?

—No, señor; he venido aquí sólo para tomar un poco el aire.

Después de pasear un rato juntos, la joven recobró su serenidad, y mirando fijamente á Clennam le dijo:

—Tal vez no quiera usted creer, porque es difícil de explicar, que á veces me parece un egoísmo venir á pasearme aquí.

—¡Egoísmo! ¿cómo se entiende?

—Ver el río y tan inmenso espacio de cielo, y contemplar tal variedad de objetos; y volver después allí para verle encerrado en tan estrecho recinto...

—Sí; pero usted olvida que al volver lleva consigo la influencia y el reflejo de cuanto ha visto.

—¿Lo cree usted así? Yo bien lo quisiera; pero temo que haya en esto más imaginación que realidad, y que se me atribuya más poder del que tengo. Si usted estuviera en la prisión como él, ¿cree verdaderamente que yo le llevaría al volver de mi excursión el germen de consuelo de que usted habla?

—Sí, niña Dórrit, estoy seguro de ello.

Al observar el temblor de los labios de la joven y su agita-

ción, Arturo supuso que pensaba en su padre, y guardó silencio un instante para que la niña Dórrit recobrase su sangre fría. Y al advertir su extrema agitación, no le pareció imposible que hubiese algún otro amor en el horizonte de la joven, aunque tan lejano, que no ofrecía ninguna esperanza.

Cuando volvían de su paseo divisaron á lo lejos á Maggy, que en breve llegó ante ellos; pero iba tan preocupada, que no los reconoció hasta llegar casi á tocarlos.

—Maggy—le dijo la niña Dórrit,—me habías prometido hacer compañía á mi padre.

—Es verdad, madrecita, pero él no ha querido. Si me envía á un recado, preciso es obedecer. Me ha dicho que lleve una carta, que vuelva pronto, y que si la contestación es buena me dará seis peniques. Dios mío, madrecita, ¿qué quiere usted que haga una muchacha de diez años, como yo? El señor Tip, que entraba en el momento de salir yo, me preguntó á dónde iba, y cuando lo supo, díjome que aprovecharía la ocasión para que llevara también una carta suya; entró en el café, escribióla y me la dió, diciéndome: «Lleva esta carta al mismo punto, Maggy, y si la contestación es favorable, te daré diez peniques.» ¿Qué había de hacer, madrecita?

Arturo leyó en los ojos de la niña Dórrit que ésta había adivinado á quién iban dirigidas las cartas.

—¡Vaya! me voy—dijo Maggy,—pero mejor sería, señor Arturo, que usted se despidiese también, para que yo pueda entregarle una cosa que me han dado para usted.

—Vamos, no haga usted cumplidos—dijo Clennam en voz baja,—deme lo que tenga para mí.

—Pues venga usted al otro lado—replicó Maggy con cierto aire de misterio;—la madrecita no debía saber nada de esto, y no se habría enterado si hubiese usted venido conmigo á otra parte, en vez de estar curioseando por aquí. No es culpa mía, sino de ellos; yo he de hacer lo que me mandan; que no me hubieran dado el encargo, y así no habría sucedido esto.

Clennam cruzó al otro lado para leer rápidamente las dos cartas: la del padre decía que habiendo sufrido un retraso el reembolso de cierta suma que esperaba recibir de la Cité, y la cual creyó segura hasta el último momento, tomaba la pluma, puesto que su cautividad de «veintitrés» años le impedía presentarse en persona, para rogar al señor Clennam tuviese la bondad de adelantarle la suma de tres libras esterlinas y seis chelines, de la cual le enviaba adjunto el recibo. El hijo

decía en su epístola que esperaba que el señor Clennam estaría satisfecho al saber que por fin había obtenido un empleo permanente, con todas las probabilidades de un brillante porvenir, pero que no pudiendo su jefe satisfacer por el pronto ciertos atrasos, debía resignarse á esperar, lo cual, unido á la falta de buena fe de un compañero, y á la carestía de los artículos de primera necesidad, le pondría en el más grave apuro si no lograba reunir antes de las seis de la tarde la cantidad de ocho libras esterlinas. Tip añadía que gracias á la buena voluntad de varios amigos á quienes inspiraba una confianza sin límites, había conseguido completar la suma, excepto una libra esterlina y diecisiete chelines; y que si el señor Clennam tenía la bondad de adelantarle este pico, pagadero á treinta días, salvaría á Tip de una ruina completa.

Clennam contestó en el acto á estas cartas, con ayuda de su cartera y de su lápiz, enviando al padre lo que pedía y excusándose de no poder complacer al hijo. Después entregó á Maggy las contestaciones, dándole un chelín para compensarla por el mal éxito de su segunda comisión.

Cuando se hubo reunido de nuevo con la niña Dórrit, y continuado su paseo, la joven le dijo de repente:

—Lo mejor que puedo hacer es marcharme y volver á casa.

—No se aflija usted—repuso Clennam;—ya he contestado á las cartas. ¿Sabe usted lo que decían? En resumen, nada.

—Temo dejarle solo—replicó la joven;—temo separarme del uno ó del otro, pues apenas me marchó, sobornan... sin quererlo... aun á la misma Maggy.

—¡Pobre mujer! su comisión era bien inocente, y si tan reservada se ha mostrado con usted seguramente sería por no disgustarla.

—Así lo espero, pero mejor será que vuelva á casa. Aun no hace dos días que mi hermana me dijo que me había acostumbrado de tal modo á la prisión, que tenía su tono y su carácter; creo que efectivamente es así; allí está mi lugar, y vale más que permanezca en la prisión. Es egoísmo de mi parte continuar aquí cuando tal vez sea allí conveniente mi presencia. Adiós; mejor hubiera hecho en no salir.

La angustia con que la niña Dórrit pronunció estas palabras como si se escapasen violentamente de su corazón oprimido, casi hizo asomar las lágrimas á los ojos de Clennam.

—No diga usted «su casa»—repuso Clennam;—siempre me contrista que le dé semejante nombre.

—¿Tengo acaso otra? ¿Cómo la he de olvidar?

—¡Oh! ya veo que no la olvida, cuando se trata de hacer bien.

—Vamos, me marchó—dijo la niña Dórrit,—y suplico á usted que no me acompañe. Gracias por todo, y Dios le bendiga.

Clennam comprendió que debía respetar la voluntad de la joven, y sin moverse de su sitio, contempló á la niña Dórrit, que se alejaba rápidamente. Cuando hubo desaparecido, volvióse hacia el río y se entregó á sus reflexiones.

El hecho de descubrir aquella correspondencia hubiera afligido en todo tiempo á la niña Dórrit; pero ¿no habría sido menor su pena en otro momento cualquiera?

¡Sí!

Cuando la joven suplicó á Clennam que no diese dinero á su padre, después de haber visto á éste solicitarlo con disimulo, la joven había sufrido un pesar, pero no tan profundo, como el que acababa de experimentar. ¿Sería porque en aquel instante veía en el horizonte un amor lejano y sin esperanza?

Arturo pensó en la pobre niña, en la niña Dórrit; soñó largo tiempo, con el codo apoyado en el parapeto, soñó al entrar en su casa, en el silencio de la noche, y también al despertar.

Y por su parte, la pobre niña, la niña Dórrit soñaba y pensaba en él... con la misma constancia y fidelidad... á la sombra de los muros de la Mariscalía.

